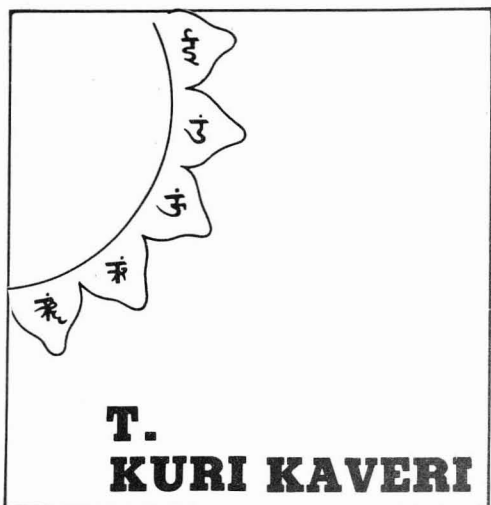




FUEGO NUEVO

*Para Mam, el perrito de
ladrido magno, padre de
volcanes y cometas.*

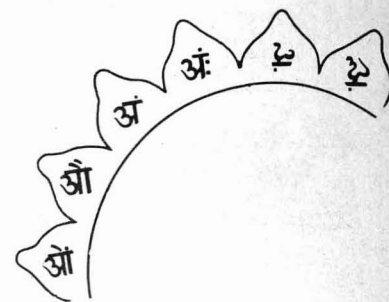
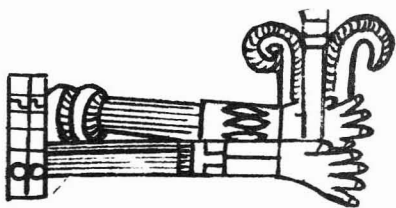
Hagamos un poema con este lema:
qué es un poema.

Supongamos que *-ema* signifique 'significar' y *po-* 'contar':
narrar los significados de las cosas de este mundo,
y de todos los demás.

Imagínate analfabeto,
sin maestro que te enseñe a leer,
imagínate anacrónico,
con un mal crónico que ningún médico te pudiera curar,
sin tiempo,
sin haber nacido del huevo,
sin que fueras el pollo
que adulto habrá de preguntar todas las mañanas:
qué pasa aquí.
Sin que supieras oír la luz del sol
que hace el día
preguntando lo mismo:
qué pasa aquí,
dialogando con el gallo.
Sin que supieras que todas las luces del cielo
dicen lo mismo:
qué pasa aquí, qué pasa aquí, qué pasa aquí,
a todos los gallos de todos los planetas.

Imagínate que todo es imaginación,
plasmación de las imágenes,
que imantas los genes y los óvulos,
que, zás, solitos se atraen,
como soles que solsticios juegan
al cometa y al gran fuego,
al juego de la recreación,
al recreo de lo creado,
a la creación de lo no creado.
Eso es la poesía y lo es todo:
imaginación, plasmación de las imágenes,
recreación,
kikiriki,
canto y luz a la vez,
no pesadilla de loco como se atormentaba el padre de Hamlet.

Abismado por *to be or not to be*,
hijo de la gran duda,
por el ser y el no ser

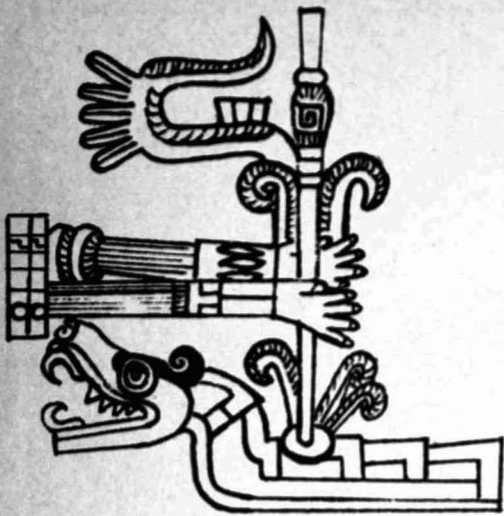


de los dudosos actuales,
que todavía no aprenden
que entre *el* morir y el no morir
hay que *decidir por la guitarra*
cuya intensa profesión no tiene tregua,
porque para subir al cielo
no se necesitan alitas angelicales
ni escaleras metodológicas,
sino saber cantar como los pájaros que por eso vuelan,
y desarrollar un *ojo largo y lento*
que se pose en todas las cosas como el sol
y que como abeja suba a desparramar la luz:
su canto soberano.

Imagínate analfabeto,
sin maestro que te enseñe a leer,
imagínate anacrónico, con mal crónico que ningún médico
te pudiera curar,

imagínate melancólico,
con un cólico en el alma que nada te pudiera sanar.
Imagínate una larva que se retuerce como letra,
que se multiplica infinitamente para hacer el poema:
po- 'contar', *-ema* 'significar',
narrar los significados de todas las cosas de este mundo
y de todos los demás,
los signos dados a cada cosa.

Imagínate un sol, con manchas como amibas amigas,
que ese es tu pensamiento,
que te consumes en ti mismo,
con tus ideas como larvas y amibas,
seguro de que no eres
soledad en llamas que todo lo concibe sin crearlo;
que te consumes, que te duele el estómago,
que te lleva la chingada,
como a mi padre,
con una sonrisa en el rostro para los demás,
amadísimo mío,
irradiando luz que viaja a través de los años,
que se clava en el suelo,
que busca rabiosamente la semilla,
para fecundarla,
para romper la palabra y abrirla a la más pura metáfora,
a la flor inmarcesible,
que por más que la corten las manos incapaces de belleza,
florece y florece como las estrellas en el cielo,
con pétalos como dedos y rayos de luz.



Mírate las manos, mueve los dedos,
y asómbtrate de ver cómo despiertan las flores.
Toma el fusil de la pluma,
vuela, dispara las ideas,
como sol que desparrama sus rayos,
y baja hasta dentro,
fecunda la metáfora,
saca la flor de flores,
la metáfora de la metáfora,
el crisantemo heráldico:
la flor que se asoma al sol como sol.

No, los poetas ni la inteligencia
son soledad en llamas que todo lo concibe sin crearlo,
son creadores, son soles como mi padre,
que se consume, que le duele el estómago,
que se lo lleva la chingada,
pero siempre tiene una sonrisa en el rostro para todos los demás,
por más que mis ingenuos hermanos teman a su voz tonante,
que busca rabiosamente la semilla,
con las ideas como larvas y amibas,
que te hacen ladrar.

Perros callejeros
a quienes critican sus coitos preciosos y puros
creadores de todos los mundos
y va el perro como cometa
con su infinita cola dibujando letras en el cielo.

Lo cierto es que a los cometas los aguardas con esperanza y con
temor,

no sabes que va a pasar,
qué quieren decir,
pero te fascina verlos porque son asombrosos,
cosas poco vistas en el mundo,
que te hacen pensar que tu vida ha valido la pena
por el simple hecho de poder haberlos visto.

Así somos los poetas,
llegamos cuando menos se nos espera,
y nos vamos dejando triste a la crítica literaria,
que esperaba más de nuestra luz
para poder explicarnos mejor,
que no se contenta con las luciérnagas,
aburrida de su diario palpitante nocturno,
para que no intenta astronomía,
nombres de astros.



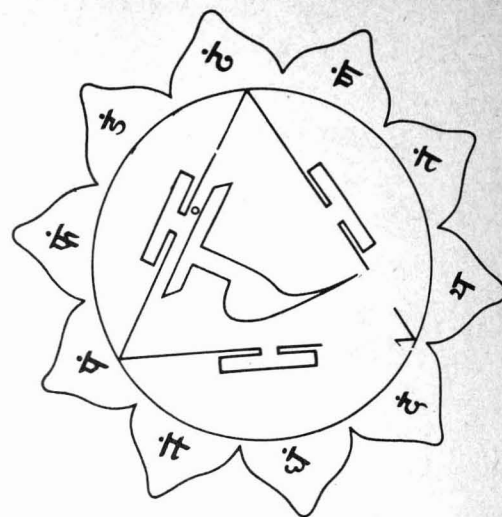
Ese es mi gozo:
ponerle nombres a las cosas,
llamar luciérnagas a las estrechas,
cocuyos, linternitas, poyos de luz,
alumbradores;
y estrellas, astros, chispas, centellas,
a las luciérnagas;
titilar, a su parpadeo nocturno,
de niñas que se quieren dormir,
pero ahí están sin querer perderse de nada.

Eso es el poeta, constructor de lenguajes,
dios,
con el pensamiento en blanco como la hoja de papel,
—párpados cerrados de dios no nato, el agua—
en donde pone las ideas en las larvas de las letras,
y sopla con el aliento divino de su espíritu
y pone en movimiento las constelaciones,
el polvo celeste
que un trillón de perros salidos del océano
dejaron ahí al sacudirse
para seguir a su manada.

Ahí iba yo,
cuando una basurita me cayó en el ojo
y se regresó otro perro
a soplar me reconfortadoramente
para que pudiera ver con claridad,
otros se quedaron como esfinges en el desierto.

A mi me dio por retorcerme de gusto en las letras,
por refocilarme aquí y ahora,
y sacudirme del agua que todavía me queda
para depositar una basurita en el ojo de cada quien
y soplarles como otro me sopló a mí.

Así, una vez sin legafias todos,
podrán correr conmigo,
habiéndose desembarazado de sus telarañas,
de la cubierta gelatinosa de la placenta de su huevo,
nuestro cascarón,
que hemos de abandonar
sin darle vuelta estudiándolo
dejándolo por hermosas ruinas
a los arqueólogos y a los antropólogos,
que vendrán asombrados a contemplarlas,
y a limpiarlas del polvo con la escobeta de la especialidad,
para llevarlas a los museos del mañana,



que hablarán sobre nuestros orígenes,
del orín de nuestros genes.

Vamos, perros, hermanos míos,
a la manada,
a ladrar por todas partes,
a lamerle los pies, a moverle la cola,
a clavarle la dulzura de nuestra mirada a los niños,
a arremolinarnos en torno a la gran bestia
que somos todos juntos,
a dormir unos mientras despiertan otros,
a turnarnos para que siempre haya ojos abiertos.

Así dijeron los perros que por aquí pasaron,
hombres como hormigas como letras,
que siguen el camino hacia la Ciudad de los Eclipses,
donde todas las palabras,
todas las ideas como todos los soles,
y todos los cuerpos en movimiento,
tienen que cruzarse,
taparse unos a otros,
para que surjan las metáforas,
las flores, los hijos,
todo.

Tú te acuestas con tu mujer y hay eclipse,
y al rato un niño grita de alegría de haber venido a ver qué pasa,
el dedo de la noche tapa al sol,
y al rato amanece y estás feliz de que todo siga,
tú vas leyendo y entre palabras y palabras hay un espacio en
blanco,
la maravillosa nada,
una fracción de segundo más,
y ahí está otra vez la idea,
había dos cosas en tu cabeza
que ni siquiera sabías que ahí estaban,
alguien vino y las puso juntas,
tapó momentáneamente una con otra,
y ya no sabes qué pasó, sino que ahí estás asombrado,
tratando de entender el secreto.

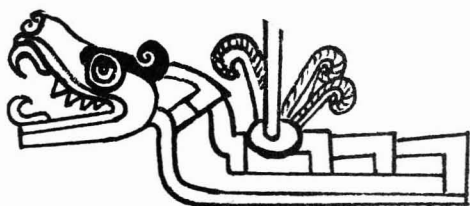
Eso es la Ciudad de los Eclipses donde vives:
la oscuridad oculta al sol,
las semillas duermen y despiertan y se hacen flores y frutos
para que te las comas,
para que surjan demonios en tus estómagos,
que se combatan unos a otros epopéyicamente,
y unos bajen a fertilizar la tierra

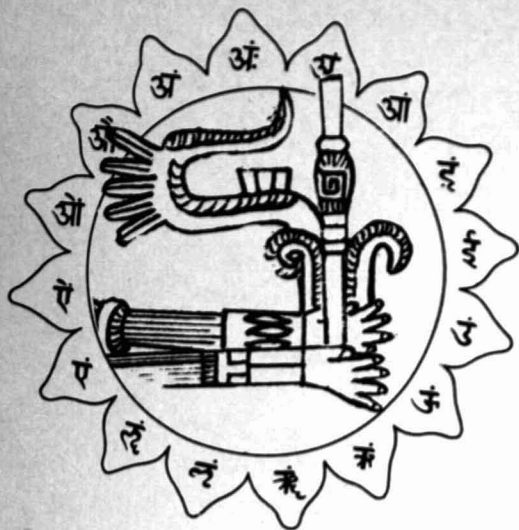
y otros se te metan en el infierno de la sangre
y vayan y vengan endemoniadamente rápido,
satanes rojos, hijos tuyos, con tenedores en la mano,
a quienes tienes que alimentar
en el mar inmenso de tu corazón,
y a los que nombras peces, abajo, y estrellas, arriba,
sin abajo ni arriba reales,
imaginaciones de tus sentidos,
para gravitar en el torbellino total.

Hagamos un poema con este lema:
qué es un poema.

Supongamos que —*ema* signifique 'significar' y *po* 'contar',
narrar las cosas de este mundo
y todos los demás.

Imagínate analfabeto,
sin maestro que te enseñe a leer,
imagínate anacrónico,
sin tiempo,
todavía dentro del huevo,
imagínate ahí adentro,
mirando hacia todas partes,
hacia las paredes del cascarón,
poroso,
al que se le cuelan breves rayos de luz por los intersticios,
imagínate así al hombre dentro de su universo,
imagínate al titán que extiende sus miembros
y rompe el cascarón y queda igual,
en la yema de otro gran huevo,
nuevamente mirando hacia todas partes,
hacia las paredes del nuevo cascarón,
al que se le cuelan breves rayos de luz por los intersticios de
su porosidad,
imagínate al titán más grande y más grande cada vez,
extendiendo infinitamente sus miembros,
rompiendo un sin fin de cascarones,
imagínatelo entusiasta,
no albañil que empieza a tapar las goteras del techo,
imagínatelo laborioso,
incansable e infatigable como el gallo,
y entonces entenderás por qué hay luz que penetra la oscuridad
del huevo de la noche,
y luz que rompe la noche,
por qué hay estrellas en el cielo,
por qué hay poemas,
por qué nadie se cansa de poner unas letras después de otras,
de acomodar las palabras en diferentes formas





para decir lo mismo de infinitas maneras
sin tedio,
sin fatiga.

Porque, aunque todo te pareciera estar hecho,
no hay vida ni muerte,
sino principio y fin naturales,
amado mío,
porque, si nada tuviera límites,
si fueras ilimitado,
no morirías ni vivirías,
ni, claro está, entenderías lo ilimitado,
ni te abismarían tus profundidades y tus alturas,
no podrías ir al mar
ni levantar los ojos al cielo,
no gozarías los alimentos ni defecarías,
no desearías poemas
ni apreciarías el silencio.

Y, sabes por qué,
no porque todo carezca de sentido,
sino porque el ajolote ignora su destino de rana,
que, si seca el charco, nada pasará,
porque es batracio,
mutante,
que salta de un mundo a otro
para cantar o croar
que es lo mismo,
pues la rana orina en los ojos a sus perseguidores
para enseñarles a oír.

Si crees que la rana se repite,
que da ajolotes, te engañas:
la rana misma es el ajolote
y las ranas de las ranas ya no son ranas,
hemos perdido la cola
y otros apéndices más
y seguiremos perdiendo partes
hasta no ser más que el puro canto
croar ajolotes como las letras
larvas de nuevos universos
más variados y versados.

La primera rana tenía el mundo en blanco como una hoja de papel,
la llenó con sus croares,
con su crear,

marcó puntos en el espacio del cielo de su paladar,
los dejó latentes,
así nacieron las primeras estrellas.

Vinieron luego los hijos de las ranas y les pusieron nombre,
las ranitas se entusiasmaron tanto
que todas se pusieron a cantar,
organizaron expediciones,
saltaron a cada estrella
y ahí se pusieron a hacer lo mismo.

Vinieron después los canfbales,
gustosos de las ancas de rana,
y les quitaron los músculos,
los devoraron,
y sintieron que los pies se les inquietaban misteriosamente,
brincaron y se quedaron colgados de las primeras estrellas.

Después vinieron otros y los mataron:
pajaritos que cuando ves caer llamas estrellas fugaces,
que a veces encuentras como fuegos apagados convertidas en
piedras,
y que por su forma te recuerdan a sus progenitores las ranas.

Pero, con todo, no hay palabra apagada,
nada se dice en vano,
ni se petrifica oscuramente,
cualquier piedra que leas se parece a algo.
Aún las sombras de la noche
te hacen sentir en medio de un mundo densamente poblado,
con un tiempo y un espacio particulares,
y la más escabrosa sierra
te dona en la llanura
sus minúsculas y mayúsculas
dimensiones,
y, contra tus miedos,
no es una dentadura que quiere devorarte
sino una voz que quiere hablarte amorosa e íntimamente.

Los ejércitos de hormigas te ofrecen
versos que vienen del corazón del hormiguero,
como las letras que se me salen en tu busca,
amigo,
para darte lo que cargo sobre mis lomos,
¿lo quieres?
te lo ofrendo desde mi minúsculo tamaño
como sangre al sol.
Vamos, baja desde tus ojos hasta mis letras.

